

Dos cartas desconocidas cruzadas entre Guzmán y Reyes

Sumados sus dos exilios, Martín Luis Guzmán Franco vive fuera de México casi cuatro lustros; Alfonso Reyes Ochoa, entregado con sus altibajos a la diplomacia, más de cinco. Nace el primero en la ciudad de Chihuahua, capital del Estado del mismo nombre, el 6 de octubre de 1887 (Calle de la Libertad); el segundo, en Monterrey, Nuevo León, el 17 de mayo de 1889 (Plaza de Bolívar). Traban conocimiento en la Escuela Nacional Preparatoria de la ciudad de México hacia 1905. Con asiduidad diversa, morosa en Guzmán, decidida en Reyes, participan en la revuelta cultural de principios de siglo: revista *Savia Moderna*, Sociedad de Conferencias, talleres nocturnos de lectura antipositivista, desagravio de Gabino Barreda, "marcha de las antorchas" en homenaje a los héroes de la Independencia, Ateneo de la Juventud después Ateneo de México, Universidad Popular. Ambos estudian en la Escuela Nacional de Jurisprudencia y se desempeñan en la Escuela Nacional de Altos Estudios: Guzmán como bibliotecario, Reyes como Secretario.

Constan dos reencuentros de los exilados. En Madrid en 1915, ciudad que Guzmán muda por la de Nueva York; y brevemente en París, ciudad que Guzmán trueca por Madrid, en 1915.

Martín Luis Guzmán regresa a su país en 1936, inminente la caída de la República Española; Reyes, por su parte, en 1939, en primera instancia cesado por el Servicio Exterior, acto seguido recuperado para la Casa de España. Guzmán, que sobrevive a toda la camada ateneísta, fallece el 22 de diciembre de 1976; Reyes muchísimo antes, el 27 de diciembre de 1959.

Otro reencuentro fue su correspondencia; corriente entrecortada y en veces arremolinada que se extingue apenas días antes del óbito de Don Alfonso (*Medias palabras*).

Contra lo que cabría suponerse, el epistolario en cuestión no arranca con el ingreso de Guzmán a la Revolución y de Reyes a la

"restauración". Empieza antes, aún los dos norteños en la ciudad de México. Remitente: Martín Luis Guzmán, 26 años. Es justamente esta misiva inaugural la que ahora reproduzco. La otra, cuya minuciosa transcripción, dado el estado del original, debo a doña Alicia Reyes, data del segundo semestre de 1917. Remitente: Alfonso Reyes, 28 años. Las dos constan en el Archivo Reyes (Capilla Alfonsina).

El contexto de la primera carta parece evidente. Martín Luis Guzmán había participado en la campaña reeleccionista del vicepresidente Ramón Corral, jurado enemigo político, rival, de don Bernardo Reyes, también aspirante a la vicepresidencia y por ende, vista la avanzada edad de Porfirio Díaz, a la presidencia de la República. El hijo poeta, Alfonso, encuentra la oportunidad de reprochárselo delante de testigos. Pero Guzmán, antes que disculparse, resta importancia, lo mismo a su conducta que al agravio del amigo enlutado.

Digo que el contexto "parece evidente"; sólo parece, porque la razón verdadera es más honda y compleja, según creo demostrarlo, o por lo menos conjeturarlo, en otro sitio.¹ La amistad quedó siempre en promesa, no tocó fondo; la permeó, pese al respeto y a la admiración mutuas, la reserva, si no es que la desconfianza. De cualquier forma, la misiva ilumina con luz inusual, por su tono espontáneo, confesional, en un hombre que frecuentó la biografía de excepción, pero sólo excepcionalmente la autobiografía, una faceta desconocida del largo historial político de Martín Luis Guzmán. Ahora, a los *ismos* de villista, convencionista, delahuertista y sexenalista a partir de Manuel Ávila Camacho, habrá que añadir el de reeleccionista.

La carta de Reyes, inusualmente larga, cifra múltiples aspectos: las difíciles relaciones entre Guzmán y Pedro Henríquez Ureña, a partir de los años veinte, envenenadas;² la pesada laboriosidad de Alfonso

¹Curiel "Para documentar". Ver también *Medias palabras*, prólogo.

²El 17 de enero de 1924, Henríquez Ureña escribe a Alfonso Reyes: "lo más grave es la inmoralidad [...]. Martín es un ejemplo: la Secretaría de Hacienda, con De la Huerta, le regalaba \$18,000 para *El Mundo*; Pani se la suprimió. Patrocinaba negocios de la familia de Victoriano Huerta; cobraba dinero por cartas de recomendación; por fin vendió *El Mundo* a los callistas, la víspera de la huida, y ahora resulta que vendió máquinas y linotipos que no eran suyos. Ahora, viendo perdida la causa de De la Huerta, dejó los Estados Unidos y va a Europa. Ten mucho cuidado con él: no lo trates sino, en todo caso, en tu casa: pero no tengas

Reyes, todavía castigado por el carrancismo; los amoríos de Guzmán con Elena Arizmendi, la "Adriana" de José Vasconcelos, también en el destierro; la adivinación alfonsina del novelista Guzmán, a la sazón conocido esencialmente como ensayista político (véase, por ejemplo, *La querrela de México*, 1915); los límites, apenas traspuestos esta ocasión, de la precavida, recelosa amistad Guzmán/Reyes; etcétera.

Guzmán atiende cabalmente los consejos sentimentales de Alfonso Reyes y, en parte, los literarios. Escribe un solitario cuento (*Cómo se acabó la guerra en 1917*), desdeña el género dramático (su máxima aproximación será, en 1959, año de la muerte de Reyes, *Islas Marías*), publica a la postre su "tomo de artículos" (*A orillas del Hudson*, 1920), olvida sus devaneos filológico-gongorinos y, con un solo año de diferencia, da a la luz las dos obras novelescas en las que sustentará su celebridad hoy por hoy escamoteada: *El águila y la serpiente* (1928) y *La sombra del caudillo* (1929). Obras que Alfonso Reyes, ahora en Brasil, donde por cierto su apagada lámpara vuelve a encenderse chisporroteante (Curiel "Alfonso Reyes"), leerá como pruebas fehacientísimas de su (buen) augurio. Pedro Henríquez Ureña, señalo por último, cumple su amenaza. Rompe la carta de Guzmán (*Medias palabras*, carta 15).

FERNANDO CURIEL

Instituto de Investigaciones Filológicas, UNAM

escrúpulos si te parece, en decirle que no lo puedes recibir; él no tiene escrúpulos y no hay que tenerlos con él, sobre todo cuando irá con intenciones de comprometerte. No se falta a la amistad con hombres deshonestos a tal grado". Archivo Reyes, Capilla Alfonsina.

Carta 1. De Guzmán a Reyes

México, D.F., a 4 de marzo de 1913.

Alfonso:

Entre usted y yo nunca será necesaria más de una explicación; esa explicación es la que ahora hago. Puede usted estar absolutamente seguro de que lo que aquí le digo es todo verdad y toda la verdad, ya que lo hago sin que nada ni nadie me obligue a ello, ni el interés mismo que pueda yo poner en la amistad de usted, la cual, diciendo verdad, no tiene otro interés que el ser una amistad absolutamente desinteresada.

A propósito de la poca voluntad que mostró usted hoy para obsequiarme con algunos de los libros heredados³ (de paso le diré a usted que sería absurdo atribuir a los libros la explicación presente: por lo mismo que codicio, e imaginativamente poseo, todo lo existente, nunca deseo *sinceramente*, por más de un instante, nada particular), lo cual, si no me causó extrañeza a mí, sí preocupó a Pedro;⁴ tuve con él una conversación, bastante complicada y dolorosa, acerca de mi conducta política de hace cuatro años.

Mi conducta podrá haber sido, aparentemente, todo lo que se quiera, y no sé hasta qué punto sea justo que usted se guíe por las apariencias; pero los hechos son éstos: a principios de 1909, me encontré una tarde casualmente, en la esquina de Santa Teresa y el Reloj, a Escobar y a Orcí (un estudiante de leyes entonces), quienes me invitaron para ir, en ese mismo instante, a dar una conferencia sobre la Constitución y a establecer un club reeleccionista en Tizapán. Yo acepté, irreflexiosamente, torpemente, estúpidamente si se quiere, pero sin la más ligera sombra de un propósito, ya no digo personal, ni siquiera político; sin ninguna maldad. Fuimos a Tizapán; allí nos encontramos al Lic. Urruchurtu y a Palacios Roji; este último dio la conferencia y regresamos. En el camino Urruchurtu tuvo un altercado con el conductor del tranvía, por no sé qué nimiedades. Para justificarse, Urruchurtu decía: "venimos de querer enseñar derechos, y sería estúpido no defender los nuestros, aún cuando sólo se trate de unos cuantos centavos".

Esto me pareció a mí muy bien.

Pocos días después me decía el manco Escobar que me había hecho inscribir en la lista de los *jóvenes* que formaban parte del club de propaganda del Partido Reeleccionista. Yo contesté que *lo oía* (como se dice en los

³El general Bernardo Reyes había muerto el 9 de febrero del mismo año durante su infructuoso asalto al Palacio Nacional.

⁴Pedro Henríquez Ureña (1884-1946).

tribunales) y no volví a pensar más en el asunto. Días más tarde tuve que ir, en calidad de repórter de *El Imparcial* —allí trabajaba entonces— a tomar datos de una reunión reeleccionista que se celebraba en la casa de Valenzuela, donde me encontré con las mismas gentes. Se nos obsequió con vino, con emparedados y con galletas. Se habló de hacer una manifestación, y me pidieron que fuera en ella orador; yo supliqué que se me dispensara, y esto no porque temiera ninguna mala consecuencia, sino meramente por repugnancia a obrar; insistieron ellos, y yo pedí tiempo para resolver. Mientras unos hablábamos y comíamos —la cuestión política había terminado— otros redactaron la nota que había de publicarse en *El Imparcial* y, ya hecha, me la entregaron. Yo me di de santos.

Al ir a *El Imparcial*, me encontré esa misma noche, en el tranvía, a Pedro. Le dije de dónde venía; mostró él disgusto, que yo entreví vagamente y que me inquietó. Cuando llegué al periódico era ya tarde; mientras escribía mis reportajes se hizo más tarde aún; resolví entregar en la redacción la nota de la reunión Valenzuela tal cual me la entregaron y salí.

Cuando al día siguiente vi el periódico encontré que se me anunciaba como orador en la manifestación, lo cual me desagradó verdaderamente: la conversación con Pedro había germinado. Algunos días después, otro repórter reprodujo la misma noticia agregando otros detalles. Vino después la ocasión en que habló Caso⁵ en el Circo Orrin. Fui como repórter; me encontré con Pedro; tomamos champagne, jamón, galletas y nueces del Brasil. Delante de Pedro me habló Baz del discurso anunciado; yo contesté vagamente, más que por otra cosa porque me sentía enteramente desorientado. Al salir del Circo tuve con Pedro una conversación larga y algo violenta, con la que me abrió los ojos y me mostró a lo que me exponía participando en aquellas cosas.

Al día siguiente, en una nueva reunión que tuvieron los corralistas, a la cual asistí por necesidad, me negué terminantemente a tomar ninguna participación en los asuntos políticos argumentando razones de familia, que todos aceptaron. En aquellos días, Alfonso, de muy buena gana habría hecho rectificaciones en los periódicos; pero, humanamente, era imposible: las rectificaciones me hubieran costado el empleo, y estaba para casarme.

Ésta es la historia íntegra y verdadera de mi corralismo, tan inofensivo como estúpido. De ella le he contado a Pedro todo lo sustancial, todo lo ético, y si he callado la génesis, sólo se debe a que, habiendo yo procedido con tanto descuido y tanta irreflexión, me llenaría de vergüenza someterme en tan malos trazos a él, siempre atento, siempre consciente; y luego ¡son nuestras relaciones tan complicadas y dolorosas!

⁵ Antonio Caso (1883-1946).

Espero que estos pocos renglones, igualmente sinceros que apresurados, limpien nuestro horizonte de toda nube.

Suyo

Martín.

*Carta 2. De Reyes a Guzmán*⁶

Madrid, 2 de agosto de 1917.

Mi querido Martín: Su carta explosiva me llegó estando Pedro⁷ a mi lado. Él la abrió y empezó a leerla. Se la arrebataí, la leí y después —tras un breve prólogo en que le dije cómo creía yo que tenía Ud. una poquilla de razón—, se la entregué.⁸ Tuvo un momento de hilaridad, después de risa nerviosa, más tarde, de disgusto profundo, al fin, de apaciguamiento. Pero en su interior ¿quién sabrá lo que hay? Él no me ha devuelto la carta; dice que se propone romperla o quemarla; tal vez ya lo hizo. Yo tengo que contestarla de memoria. Primero acudiré a las cosas externas y concretas; es posible que mi *Suicida* haya llegado, dedicado a Ud., dirigido a Pedro, a Minnesota, cuando ya éste había salido [...]. Ahora recuerdo que, en efecto, decidí a última hora los paquetes; de todos modos, y a reserva de que a la vuelta de Pedro sepamos el fin de la historia, como no dispongo de muchos ejemplares, le envió a Ud. uno falto de la hoja de ante-porta, lo cual —supongo yo— no obstará para que Ud. lo lea con agrado. ¿Cómo supone Ud. que no pienso yo en Ud. al publicar un libro? Juan Ramón⁹ ha dejado de dirigir la Casa Calleja (en lo literario), y ahora le sucede Canedo (no puede decirse que sea un director, sino un asesor). Al publicarse *Ortodoxia*, envié una lista de personas a quienes debía remitirse la obra; entre ellas, lo puse a Ud. Ellos me enviaron algunos ejemplares a casa por si quería dedicarlos, y había yo comenzado a hacerlo cuando tuvieron que apresurar el envío; yo les pedí que, al menos, pusieran una tarjeta del editor (yo acabo de mandarme a hacer tarjetas, después de las de diplomático que usé en París). He aquí la historia. Si Ud. examina mi correspondencia, notará Ud. en ella el ansia de saber de Ud. más de lo que se ve en sus acostumbradas cartas, tan elegantes como

⁶Un pasaje de esta larguísima misiva se recoge en Héctor Perea, ed., *Martín Luis Guzmán. Iconografía* (39-41).

⁷Henríquez Ureña, "Sócrates", por supuesto.

⁸Guzmán se queja, entre otras cosas, del abandono de PHU, quien deja Nueva York por Madrid.

⁹Juan Ramón Jiménez.

tenués. Así pues, ambos padecemos la misma inquietud. Consolémonos. No puedo negarle que me dio su carta cierta alegría: a mí me acompaña mucho el dolor de mis amigos, y nunca he creído lo de "mal de muchos", etc. Es muy humano y legítimo el alegrarse un poco de saber que no se es el único desesperado. ¿No es verdad? Sí: envíeme Ud. cuanto antes sus artículos;¹⁰ no espere a la *Divina Comedia*. Es un mal cálculo comenzar con obras definitivas. Primero hay que escribir cinco o seis libros, de preferencia malos, para que la gente vea nuestro nombre. Lo que digan, no importa. Lo esencial es la portada, el signo de la publicidad. Yo procuraré con Urbina la publicación de su tomo, y acaso le pondré un prólogo, si Ud. gusta de esas tonterías. Urbina estará de vuelta de la Argentina dentro de medio mes, y como ya no se asociará a Villaespesa, podré contar más seguramente con él. Aquí ha dejado Ud. un excelente recuerdo, que yo me encargo de cultivar. Sé trabajar por mis amigos, contra lo que Ud. puede imaginarse. Testigo, el éxito de Pedro, a quien le preparé una senda de flores. Bien es cierto que él se lo merece todo. ¡Cuando yo me acuerdo de los sutiles y delgados resquicios por donde he tenido que irme colando! Mi buen amigo Canedo me ofreció espontáneamente escribir en España sobre mi *Visión de Anáhuac* y mi *Suicida*, pero, aunque ha recordado él solo su compromiso, no ha podido el pobre cumplirlo: ha estado ocupadísimo escribiendo sobre otros libros. No hay que culparlo. Cuando Méjico se arregle será otra cosa. Ahora, a través de la canalla de Pombo, etc., espero que se hable de él en el *Heraldo*, *El Día* y *La Correspondencia*. Si Ud. tiene medio, diga que soy el primer escritor del mundo; porque ya hay mucho ruido, y la crítica delicada no llega a los oídos de los hombres. Todo se ha de hacer a puñetazos, y yo tendré que cambiar de táctica. A García Monge le escribiré sobre Ud. para que le envíe cosas; pero conviene que antes me envíe Ud. su libro. Ud. se equivoca si cree que desconfío de Ud. Soy el que más cree. Y Ud. lo sabe, sino que acaba de pasar por su vida la onda de desesperación vasconcélica, ¿no es así? Y lo he dejado a Ud. todo sangrando. No le aconsejo entregarse a ella. Y hágame la merced de no sentirse solo, aun en medio de los imbéciles (¡lo compadezco! ¡compadézcame Ud. también! Cuando Pedro se vaya, todo habrá acabado, y viviré como centinela avanzado hacia un campamento enemigo: alerta, y solo para lograr mi objeto. Algún día me replegaré, fatigado, a la tierra natal; cuando ya nadie me quiera allá y todos se encuentren alegres de haber liquidado cuentas con mi genio, con mi jaqueca, con mi estilo complicado y *poignant*). Hágame la merced, repito, de sentirse acompañado: créame Ud., yo siempre pienso en Ud. Lo que es necesario es que Ud. se resuelva a no vacilar sobre sí mismo, a no dejarse llevar por la influencia de todos sus

¹⁰ Los que luego integrarán *A orillas del Hudson*, segundo libro de Guzmán.

amigos. ¿Qué quiere Ud., en definitiva? ¿Ser escritor y ganarse cómodamente la vida? Eso es lo que yo quiero; por eso no hago caso de los que llevan otro camino; por eso Acevedo¹¹ dice que soy **duro** (no es mi defecto, ay de mí). Ud. puede hacerse muy pronto de nombre envidiable en la literatura americana, si se resuelve Ud. a estudiarlo. **Entre tanto**, gánese Ud. la vida como pueda porque así está el mundo; pero no acepte Ud. compromisos que lo arrastren fuera de su propósito: mil veces se lo repetiré. No imite Ud. demasiado el camino de otros, porque no hay tiempo para todo: yo sé que es tan envidiable el fogonero que sabe su oficio como el escultor, tanto Napoleón como Casanova, queriendo se puede hacer todo. Sea Ud. Martín Luis (¡qué hermoso nombre!). Por ahora, venga el tomo de artículos, y siga Ud. escribiendo sobre lo que le sea **más fácil**. **Inmediatamente** después, piense Ud. (que Pedro le ayude) en alguna cosa **para la** que haya que leerse una decena de libros solamente y que, sin ser un manoseado asunto de actualidad, tenga que ver un poco con toda la gente: así es como empiezan a fijarse los demás, cuando se ven citados en los libros y no están siempre seguros de que se les haya tratado bien (ni mal). Después de eso, ya puede escribir para su corazón. La novela sería cosa preciosa; el teatro, descomunal, aun cuando por el momento no se representara. Es con arte de invención directa con lo que hay que esforzarse. No sabemos bien cómo ni por dónde, pero en nuestro país va a abrirse pronto un campo propicio para todo esto. Haga Ud. cuentos. Publique en muchas partes, aunque sea gratis; de preferencia, no cosas de crítica, sino cosas en que se cuente algo. Es el modo de asir al público. Nunca tema Ud. ser vulgar. Pedro dice (creo que con demasiada fe) que hay que ser *pompier*. Y no crea Ud. que le digo todo esto por consejo suyo. Escribo sin que él esté a mi lado; se ha ido al Museo; es jueves. Aprovecho esta soledad para que mi carta no lleve influencia de él. No se preocupe Ud. del escepticismo que Pedro le haya podido manifestar: Ud. haga cosas, y él volverá a Ud. Eso es todo. Y no se meta Ud. en líos, no se enrede con llamas indostánicas. Conviértalo todo en canción, en palabras. Lope decía que él era como el ruiñeñor: todo el día cantaba al amor, casi no le quedaba tiempo para disfrutarlo.¹² Es una cruz como cualquier otra. Y lo que se haga en la vida, hágase sin delirio, sin caos. Ud. ya resolvió lo esencial, y ya pasó su propia tormenta para eso; no debe Ud. distraerse. Después de esa locura previa por la que todos tenemos que pasar, conviene que no haya ninguna verdadera locura: la lámpara arde para siempre con una sola vez que la toca el fuego; es ocioso seguir consumiendo fósforos y tiempo. No desconfíe Ud. de lo que le digo. No desconfíe de mi sinceridad.

¹¹Jesús T. Acevedo (1882-1917).

¹²Ver *Literatura Mexicana* I.1 (1990): 78 nota 5 (N.R.).

Ud. me encontró en Madrid lleno de defectos: pero, seamos justos, ¿tiene Ud. idea de lo que es mi destronamiento, de lo que ha sido para mí la pobreza? ¿Ha habido, en la vida, muchos que hayan probado lo que yo he tenido que probar? Hay cosas de que no se debe hablar más que una vez en la vida. Hágame justicia en su interior, y dígame Ud. a sí mismo: el pobre de Alfonso ha pasado por una crisis que lo ha llenado de extravagancias y miserias: yo, como su amigo íntimo, he tenido que padecerlas. Las perdono, y las callo. ¿No estamos hechos a perdonarnos, a fuerza de entendernos? No crea Ud. que soy tan vidrioso, ni tan maliciente. Tenga Ud. fe en mí, y, sobre todo, en las cuartillas de papel que habrá que ponerse a llenar ahora mismo. Hechos, hechos, libros, libros, publicaciones... En estos días ha salido mi edición del *Libro de Buen Amor* del Arcipreste de Hita publicado en la Casa Calleja. Haré lo indecible para enviárselo a Ud., aunque de esto desconfío mucho. Veremos. Después de todo, es un libro barato y podré enviarlo siempre. He entregado ya una antología de Quevedo; y, a La Lectura, esta tarde entregaré dos comedias de Ruiz de Alarcón; sobre la mesa, para Calleja, tengo en preparación una antología del mismo Ruiz de Alarcón, que despacharé en dos semanas. Después, un Góngora, etc.: así me ayudo para vivir. Nada de esto es obra "mía", pero veremos si con estos esfuerzos logro un mes de ocio para hacer, en el otoño, otro libro. Le acompaño un artículo sobre los huesos de Quevedo, famoso: quisiera haberle enviado copia del cuaderno de Brueghel a que aludo, pero vale un duro, y desconfío de que pueda Ud. hacerlo publicar en la *Universal*. Dígame, por los dioses, el estado de nuestras cuentas. Mi último asiento dice simplemente: "Tres artículos 75 ptas", y arroja un saldo en mi contra de ptas. 64.85. Aunque haya mucho de convencional en tales cifras, llevémoslo en regla, se lo ruego encarecidamente. Ud. me dirá lo que me abona por el que ahora le envío. Tampoco me ha dicho nada de la *Escala Platónica* ¡Ah! Un error recordar las Gracias de Rubens para la Isadora Duncan: son muy gordas y fofas, no le crea Ud. a Acevedo, que tiene algo de senilidad en sus gustos. Corrija Ud., en su original. ¿Sabe Ud. de Acevedo? Eso se acabó.

Tampoco se olvide Ud. de cultivar a nuestros amigos de Méjico: escriba Ud. a Torri enviándole cosas; mándele Ud. a Gamoneda¹³ su retrato para que lo ponga, —sin venir a cuento— en sus escaparates; algo así.

No se han publicado aún en la *Rev. Hispanique* sus sonetos gongorinos; descuide, que todo lo sabrá a tiempo. Ya los arreglé para la imprenta y le puse unas líneas de prólogo en que alude Ud. a mí sin nombrarme.

Su artículo sobre métrica: en efecto, me había olvidado. Ya sabe Ud. que nuestro querido Castro no puede "existir" sino poniendo obstáculos. Si

¹³Francisco Gamoneda, dueño de la Librería Biblos.

él aceptara sin discutir, dejaría de ser en ese instante. Es un poco adversativo. Me dio muchas razones sobre que el artículo de Ud., a fuerza de usar convenciones numéricas y asonámicas, no se entiende; y que tampoco se entiende cuál es la novedad u objeto de la "constatation" que Ud. hace. Yo me lo guardo en pruebas, pruebas que adjuntas le remito. Si desde allá puede Ud. aclararlo y corregirlo, hágalo; si no déjelo ya. Creo que nuestra angustia por buscar un equilibrio mental entre gente tan escasa nos desvía un poco. Ud. tuvo la generosidad de decírmelo claramente: me halla Ud. muy "huido". A eso debo haberme esforzado por hacer el *Suicida*, y el haber procurado —con discretas transacciones— volver a mi nivel espiritual. Y creo que la *Rev. de Fil.* sigue una pista falsa, si se exceptúan los trabajos de Mz. Pidal. Pero no se puede imitar a Menéndez Pidal: su sistema es inaplicable a las demás cosas. Y los procedimientos germánicos de la decadencia comienzan ya a abandonarse por allá afuera.

El examen atento de las admirables revistas italianas de historia me ha abierto los ojos. De Alemania, el golpe de luz del romanticismo que todavía nos alumbraba, y sus herederos inmediatos. Después, todo fue equivocación y fraude: empeño de escamotear los problemas espirituales con medios de trabajo manual. Por eso padece mi detestable artículo sobre el monólogo de Segismundo: ¿lo ha recibido Ud. ya? Dígame, si no, lo enviaré. Adiós. Pronto escribiré mi mujer a Anita, a quien dará Ud. nuestros recuerdos. Gracias por el encantador Guillermo. Escribe¹⁴ pronto y claro.

Alfonso.

BIBLIOGRAFÍA CITADA

- CURIEL, FERNANDO. "Para documentar una amistad: la correspondencia Guzmán/Reyes", *Revista Universidad de México* 45.477 (1990): 44-48.
- —. "Alfonso Reyes en Río, arqueología de una pasión", *Sábado*, suplemento de *Unomásuno* 670 (4 ago. 1990): 1-3.
- —. *Medias palabras. Correspondencia Guzmán/Reyes. 1913-1959*. Ed. Fernando Curiel (en prensa).
- PEREA, HÉCTOR. ed. *Martín Luis Guzmán. Iconografía*. México: FCE, 1987.

¹⁴ Sin darse cuenta, Reyes traiciona el trato de usted propio, no sólo de esta carta, sino de todo el epistolario.